

## LA TRASCENDENCIA DE LA LUCHA IDEOLÓGICA EN LA ARENA INTERESTATAL

"Estamos en la era de la guerra termonuclear... Pero más que en la era de la guerra termonuclear nos hallamos en la de la guerra psicológica".

General BÉTHOUART.

### I

#### SIGNIFICADO DE LA LUCHA IDEOLÓGICA

El control de pensamiento es una de las armas más importantes de las modernas guerras—declaradas o no declaradas—, y mucho se está diciendo —y apropiadamente— en nuestros días acerca de la *guerra de ideologías*. Con estos pensamientos, poco más o menos, se inicia una moderna obra consagrada al enfoque de las ideologías políticas contemporáneas.

El editor de esa publicación—el doctor Joseph S. Roucek—afirma que la Historia de la Humanidad es también la historia de las guerras de ideologías (poniendo como ejemplos: las Cruzadas, la lucha entre el Catolicismo y el Protestantismo en el siglo XVI y las consecuencias de la Revolución francesa).

Ahora bien: a juicio del citado escritor, los conflictos del presente difieren de los del pasado. «Nuestra era moderna ha dado nacimiento a una clase de intelectuales adiestrados en el uso de ideologías para propósitos de control social y capaces de llevar a cabo la guerra de ideas a un nivel nunca igualado en tiempos anteriores»<sup>1</sup>. Unanse a esto los tremendos avances en las comunicaciones de masas, que han chocado con innumerables tradiciones, han derribado muchas creencias fijas y han introducido un único aspecto ideológico a la lucha intelectual.

En suma, la concepción de las *agresivas ideologías* ha llegado a formar parte del haber común de la Humanidad. Es un elemento habitual del pensar político actual. Nos enfrentamos con una realidad indubitable e indubitada. Tal concepto tiñe con matiz peculiar, palpable, toda la actuación—interior y exterior—de los Gobiernos. Y esas ideologías políticas penetran en la vida

<sup>1</sup> Vid. Joseph S. ROUCEK, editor: *Contemporary Political Ideologies*, Nueva York, "Philosophical Library", 1961, pág. IX.

social—de frente o insidiosamente—y forman una base espiritual de toda lucha social. Aflora, así, el entramado de la liza ideológica, de supremo valor en la dinámica de la existencia estatal contemporánea.

Ciertamente, en todas las épocas las ideologías en torno al hombre, la sociedad y los sistemas políticos y económicos han sido una *primaria fuerza motivadora*. Y, por supuesto, el siglo XX no iba a ser una excepción a este respecto.

Incluso hoy se da un toque peculiar: dirigentes y pueblos de muchos Estados—especialmente en los de reciente independencia—miran hacia las ideas y los sistemas políticos más perfectos—en el sentido de *eficiencia material*—, que les sirvan en la solución de sus innumerables problemas, como ejemplos de actuación, etc.

En resumen, el fondo de la lucha ideológica es de naturaleza real, no teórica. Ahora bien, ella es *esencialmente política*. Obsérvese cómo las diferencias que llevaban a la *guerra fría* y derivados han sido diferencias sobre la imagen del hombre, de las instituciones políticas, de la organización de la sociedad. «El comunismo no es un sistema económico, sino *un arma política*», han escrito los autores de *A Forward Strategy for America*<sup>2</sup>.

Por lo demás, no se olvide en ningún momento—tarea que exige una sutileza infinita—que se trata de un enfrentamiento de una gran complejidad. No se trata de un combate entre el bien y el mal, entre la verdad y la falsedad, sino entre un poder y otro poder. En esencia, la lucha ideológica en la arena interestatal no constituye sino el reflejo, en el campo de las ideas mundiales, de las posiciones mantenidas por las potencias en el terreno político y en la esfera militar. Es la mera expresión ideológica de los objetivos y métodos de las políticas nacionales.

\* \* \*

Ciertamente, bajo el denominador común de guerra ideológica se cobijan muchas cosas. Una, la llamada *guerra revolucionaria*, a la que hemos prestado atención en número anterior de esta REVISTA.

Ahora bien, la guerra revolucionaria en su plena perspectiva de «guerra civil internacional», aparece desplegando un amplio abanico de armas. Pues

---

<sup>2</sup> Cons. Robert STRAUSS-HUPÉ, William R. KINTNER, Stefan T. POSSONY (y otros): *A Forward Strategy for America*. Un libro del Foreign Policy Research Institute de la Universidad de Pennsylvania, Nueva York, Harper, 1961, pág. 268.

bien, un *instrumento privilegiado* de la guerra revolucionaria es la *guerra psicológica* (que, por lo demás, puede tener entidad autónoma, como simple arma de la guerra política).

## II

### ENVERGADURA DE LA PROPAGANDA INTERNACIONAL

Con lo consignado, es la ocasión de desglosar del gran tema de la guerra psicológica el subtema de la *propaganda internacional*, entendida como un intento deliberado y sistemático—a través de las comunicaciones de masas—de influir en las actitudes y las acciones—sobre asuntos públicos—de los individuos y los grupos de un Estado, por medio de palabras y otros símbolos, y en interés de algún Gobierno o algún grupo de ciudadanos de otro Estado, y todo ello con cruce—real o imaginado—de límites internacionales (Padelford y Lincoln, L. J. Martin, etc.).

Verdaderamente, a través de la Historia, los hombres de Estado han empleado el expediente de la propaganda en el interior y en el exterior.

Ahora bien, no importa que Bismarck se sirviese de ella o que los alemanes y los aliados la utilizasen en la primera guerra mundial. Debemos darnos cuenta de esto: durante largo tiempo, la diplomacia, la economía y la guerra han sido reconocidas como instrumentos tradicionales de la política estatal. Y sólo en nuestra época se llegaba a la conclusión de que *there can be a great deal of science in the art of persuasion*<sup>3</sup>.

¿Razón de esto último? Dos facetas son las responsables de esa creencia de que la propaganda moderna resulta diferente de los anteriores ejemplos históricos—no sólo en cantidad, sino también en especie—: 1.<sup>a</sup> La aplicación de la psicología científica al proceso propagandístico (con el reforzamiento de la cuidadosa elaboración de las técnicas a utilizar). 2.<sup>a</sup> El sistema de comunicaciones (en particular, la radio cruza fronteras y facilita el trabajo de los propagandistas; los canales están abiertos en dos direcciones: a una propaganda responde una contrapropaganda, etc.).

\* \* \*

---

<sup>3</sup> Vid. PALMER y PERKINS: *International Relations*, Londres, Stevens, 1965, pág. 189.

Lo fundamental es que hoy no hay Estado que pueda ignorar sus «posibilidades»<sup>4</sup>. Hasta el punto de que, como ha escrito Orville C. Anderson, la propaganda aparece como un factor «integral» en la determinación de la política exterior<sup>5</sup>. Y Mario Amadeo la ha calificado de «dueña y señora de la vida internacional»<sup>6</sup>. Aún más. En 1960, el representante permanente de Grecia en el Consejo de la O. T. A. N. insistía en el hecho de que la guerra psicológica es tan importante como la defensa propiamente dicha<sup>7</sup>. Dentro de este estilo, recordemos cómo, hace unos años, la *Air University Quarterly Review* afirmaba: *Las ideas son armas*<sup>8</sup>. Culminando esta trayectoria en la posición del administrador de la Información Internacional de Norteamérica, concretada en un discurso pronunciado, en 1952, bajo el siguiente título: «Cruzada de ideas. *Las ideas más poderosas que los cañones*»<sup>9</sup>.

Y he aquí, en tan tremendo discurrir, una incuestionable evidencia: el campo directo de la guerra psicológica, de la propaganda es la masa.

Con tal realidad hay que contar continuamente. La gran cuestión de nuestro tiempo es *el amazotamiento de las masas*, resaltado por Reopke<sup>10</sup>. En esencia es esto: la estructura social de muchos países se ve atacada por una enfermedad consistente en un doble proceso de desmenuzamiento social y de aglomeración social. Es decir, en la hora presente se asiste al aislamiento del individuo y a la seudointegración de una colectividad basada en anónimas relaciones tengenciales (sentadas sobre intereses; sin conciencia de una alta empresa en común, etc.). Es la filosofía de la *multitud solitaria*, etc.

En suma, nos encontramos ante el reinado del *hombre-masa*. Este—se

<sup>4</sup> Aunque «la efectividad relativa de la propaganda y de las actividades de información de los Estados no se determina fácilmente»: PADEFORD y LINCOLN: *International Politics*, Nueva York, Macmillan, 1954, pág. 144.

<sup>5</sup> Vid. Orville C. ANDERSON: *Propagandists in World Affairs*, «Foreign Service Journal», Washington, febrero 1953, págs. 23-24 y 53-55 (para la cita, pág. 23).

<sup>6</sup> Vid. M. AMADEO: *La transformación de la vida internacional*, «Actas del I Congreso Hispano-Luso-Americano de Derecho Internacional», tomo I, págs. 56-57.

<sup>7</sup> Cons. Michel MELAS: *La défense dans la guerre psychologique*, «Nouvelles de l'OTAN», Paris, octubre 1960, págs. 1-3.

<sup>8</sup> Vid. David A. BURCHINAL: *Las ideas son armas*, «Air University Quarterly Review» edición española, vol. III, núm. 2, págs. 3-12.

<sup>9</sup> El 29 de agosto de 1952. Cons. *Vital Speeches of the Day*, 1 de octubre de 1952, páginas 757-760.

<sup>10</sup> Vid. R. SIEBERT: *La crisis de la sociedad en el presente*, «Moneda y Crédito», Madrid, núm. 16, págs. 60-61.

dice—es semejante a un viajero sin equipaje. Está eternamente disponible, y siempre dócil. Es indiferente ante lo verdadero y lo falso, impermeable a la crítica, insensible a las contradicciones, tan capaz de heroísmo como de abyección. *Una cosa le es imposible: ser él mismo...*<sup>11</sup>.

Con una particularidad: «Se habla mucho de presión y aun de opresión social. [Sin embargo], todo inventario de hechos sociales muestra que la socialización impuesta o involuntaria no tiene un lugar tan importante como la socialización *recherchée*. Sobre todo, las manifestaciones más características del colectivismo contemporáneo—la Prensa de gran tirada, el cinema comercial, las reuniones de multitud—son menos presiones sociales que satisfacciones comunes... Lo que hace que sean irresistibles ciertas formas de socialización mental es que son secretamente solicitadas por aquellos mismos que las sufren con protesta»<sup>12</sup>: ahí reside el punto clave de la cuestión.

\* \* \*

Pues bien, un producto de tal atmósfera es la *simplificación del pensamiento*. En suma, y con M. García Morente, *no hay tiempo para pensar, no hay tiempo para ser*<sup>13</sup>.

En este extremo se inserta la técnica de la *mentira grande* o de la *gran mentira*. «Las grandes masas, con la primitiva simplicidad de sus mentes, caerán más fácilmente víctimas de una mentira grande que de una pequeña, ya que ellas mienten en las pequeñas cosas, pero ciertamente se avergüenzan de mentir en las grandes. De este modo... serán incapaces de creer en la posibilidad de la enorme desvergüenza del más infame engaño. Justamente, por esta razón, una parte de la mentira más descarada permanecerá y prenderá».

Y, en tal ruta, asístese al frenesí de las acrobacias verbales. *La Guerra es la Paz. La Libertad es la Esclavitud. La Ignorancia es la Fuerza*, vocean los altavoces estatales en 1984 de George Orwell. En 1961, el secretario de Estado de los U. S. A., Dean Rusk, tocaba el tema. De la manera siguiente: «... el lenguaje mismo de la comunicación internacional fue deformado y

<sup>11</sup> Vid. Pierre GAXOTTE: *Propos sur la Liberté*, "Revue de Paris", enero 1951, página 26.

<sup>12</sup> Vid. A. Z. SERRAND: *Le Pain, la Paix, la Liberté*, "La Vie Intellectuelle", París, marzo 1951, pág. 101.

<sup>13</sup> Cons. M. GARCÍA MORENTE: *Ensayos sobre el progreso*, Madrid, G. Sáez, 1932, página 121.

utilizado con fines inconfesables. La *paz* se convirtió en una palabra para describir cualquier Estado que fomentara [la] revolución mundial. *Agresión* es cualquier obstáculo en su camino. *Democracia popular* es un término aplicado a regímenes que no han sido en ningún caso establecidos mediante libre elección...» Y el cardenal Ottaviani advertía—en el aula conciliar—la necesidad de «entenderse sobre las palabras». A este respecto, el aludido príncipe de la Iglesia ha indicado: «Los comunistas tienen su vocabulario propio. Ellos llaman liberación a la agresión y gobierno del pueblo, al totalitarismo».

Resumiendo, con frecuencia se soslaya el hecho de que existe un *bombardeo psicológico*. Invención tan estremecedora como la guerra atómica.

\* \* \*

Todo ello tiene por consecuencia alterar gravemente el sentido de la verdad en aquellos que emplean la propaganda en tanto que arma de guerra política y, por supuesto, en aquellos que la sufren. El hombre se habitúa, quiérase o no, a una doble existencia que se balancea entre la sumisión a las consignas públicas y la reserva íntima de un sentimiento personal, etc. Recurso vano para la mayoría, puesto que *la criatura actual se ha convertido en juguete de las imágenes y de las sensaciones externas*. No se toma ya nada en serio. Y contra el chaparrón de vana palabrería se va rodeando el alma de un caparazón. Poco a poco—comenta Virgil Gheorghiu—, aun sin darnos cuenta, renunciamos a nuestras cualidades humanas, a nuestras leyes propias. *Nos deshumanizamos...*

Estamos ante el principal riesgo de nuestra época: *la deshumanización progresiva*. «Los hombres contra lo humano» de Gabriel Marcel, etc. Las conquistas materiales adormecen la parte mejor de los individuos: posición de Lambilliotte (en un editorial de *Synthèses* de mayo de 1951). Y lo delineaba, en otro aspecto, W. Faulkner, recibiendo el Premio Nóbel, en Estocolmo: «Nuestra tragedia de hoy es el temor físico generalizado y universal... Los problemas del espíritu no existen desde ahora. Sólo subsiste una cuestión: ¿cuándo seré volatilizado?»

En tal tesitura, escuchemos a G. Marcel, en un notable artículo publicado en *L'Age Nouveau* de mayo de 1951: «Lo que en la situación presente hace tan difícil la tarea—puede decirse, tan angustiada—del pensador cristiano es que se encuentra, a decir verdad, en la obligación de enfrentarse, a la vez,

con la idolatría hegelianizante de la Historia—que, en último análisis, debe ser mirada como una impostura—y con las doctrinas reaccionarias—en el sentido más injustificable de esta palabra—, nacidas, con frecuencia, de *la ignorancia y del miedo*». Nos topamos, pues, con uno de los factores cumbre de nuestro atormentado tiempo. Sylvio Marino ha hablado de *la paura della paura*<sup>14</sup>. H. Spaak ha hablado del *miedo al miedo*. Y Torres Bodet señalaba, al inaugurar la V Conferencia de la U. N. E. S. C. O.: «El miedo corrompe incluso la vocación de la enseñanza y la investigación científica, puesto que tiende a subordinarlas a la necesidad de una nueva conflagración»<sup>15</sup>.

### III

#### EL «FRENTE INTERIOR». SUS EXIGENCIAS

En tal contexto de supervvaloración de la ideología como arma propagandística—en suma, como arma política—se impone hacer referencia a *fortalecimiento interno de los pueblos*, o a *la movilización moral nacional*.

A ese respecto, obsérvese cómo en 1927 Benito Mussolini anotaba, frente a la perplejidad de muchos: «Los fusiles, los cañones, los aeroplanos, la química y todos los demás elementos no tendrían valor alguno si faltase el espíritu, que es la primera fuerza para cualquier batalla, para la cual, si llega el momento de la prueba, *el espíritu debe estar armadísimo*»<sup>16</sup>.

Ahora bien, tal tesis respondía al siguiente criterio: no se apresta un ejército para la guerra, sino que se prepara *todo el país para la guerra*.

Mas hoy tales conceptos han sido superados, en un estado internacional *sui generis*, con un enfrentamiento mundial de conceptos de existencia y de valores, en el cual frecuentemente se dan situaciones en que no se ve distin-

---

<sup>14</sup> Vid. Sylvio MARINO: *La paura della paura*, "Civitas", nueva serie, año II, número 6 págs. 14-20.

<sup>15</sup> *La Humanidad no ha de abdicar para progresar*, "El Correo de la UNESCO", París, 1 de junio de 1950, pág. 1.

<sup>16</sup> El Jefe del Estado español ha afirmado: "Hoy se acusa como trascendente para las luchas futuras el *estado político* de los países. Las guerras no sólomente se ganan en los frentes, sino también en las retaguardias, en el respaldo y la decisión que en el país encuentren". Del discurso en el acto de adhesión del Ejército, Burgos, 1 de octubre de 1961.

ción marcada entre guerra y paz. Por ello, hay que ir más lejos. El sino del Estado contemporáneo es el *estar en forma continuamente*. Autores como R. Strausz-Hupé, W. R. Kintner, J. E. Dougherty y A. J. Cottrell han llegado a la conclusión de la presencia del *conflicto permanente*, el cual opera *continuamente* en todos los niveles: político, económico, psicológico, militar, cultural. De ahí surge el grave problema del *frente interior*.

\* \* \*

Pues bien, en ese marco, el planeamiento y la ejecución de una dinámica estrategia psicológica exige mucho, mucho. En los Estados Unidos se ha llegado a sostener que «la guerra psicológica requiere tanta competencia profesional como el planeamiento de una campaña militar o la negociación alrededor de una mesa de conferencias».

Y toda una serie de preocupados por los problemas de la lucha en el contemporáneo monipodio interestatal pone el acento sobre la urgencia de reconocer la necesidad de una estrategia psicológica enderezada a reforzar la política militar y la política económica de los Estados y sobre la necesidad de un *cuerpo profesional de especialistas en las operaciones de las complejas y peligrosas armas de la mente*. Es un requisito previo para vencer en la llamada *batalla por los espíritus*.

Y se llevan las consecuencias de esos asertos hasta sus lógicas metas. Así como existen Academias encargadas de la preparación de hombres con la misión de defender al país, e instituciones para adiestrar a los diplomáticos, deben establecerse centros dedicados al entrenamiento en las técnicas de la guerra psicológica, de la lucha ideológica, etc. Haciéndose la propuesta de establecer un servicio semejante a los servicios militar y diplomático que forme a hombres en la especialización de los métodos no convencionales del conflicto internacional.

\* \* \*

Pero otra urgencia—mucho más trágica—consiste en aprehender cómo nos hallamos en unos momentos en que, y a través del progreso técnico—y solo progreso técnico—, *lo mecánico se impone sobre lo vital*, y que, en tamaña coyuntura, cabe pensar en el valor de algunas transformaciones sociales—en curso de concreción o en perspectiva—como dique al empuje



de la marea de la guerra psicológica. Pueden servir, si se sabe obrar con integridad, con pericia, con eficacia. Por ejemplo, en un ambiente de crisis generalizada, en la sociedad de transición de nuestro tiempo, resulta natural pensar en la perentoria necesidad de nuevas «élites» (la *méritocracia* de que ha hablado Wentworth Eldredge<sup>17</sup>; pero *méritocracia humana*, no *méritocracia de robots*), etc.

En todo caso, dentro de esa urgencia, arriba la precisión de comprender parejamente que, en la eventualidad de no acertar a marchar por esos rumbos de eficacia humana, la invasión técnica puede fortalecer—hasta sus últimos extremos—la invasión masificadora (y el Estado-monstruo).

Por consiguiente, hay pie para dar la razón a Suzanne Labin, cuando advierte transparentemente: «En el terreno político, la defensa del mundo libre depende más de un *espíritu claro* y de una *gran energía* que del número de 'missiles'»<sup>18</sup>.

#### IV

##### ENJUICIAMIENTO MORAL DEL PROBLEMA

Con todo, vayamos a la valoración moral de la cuestión<sup>19</sup>.

Como paso previo, advertamos que la acción psicológica adopta una gran variedad de formas:

1.<sup>a</sup> *Simple acción de influencia colectiva o interpersonal*. Esta no constituye problema, pues es la consecuencia normal de la influencia de uno sobre otro o sobre otros.

2.<sup>a</sup> *Propaganda propiamente dicha, organizada y sistemática*. No debe servir más que a la propagación de la verdad y solamente con buenas intenciones. No puede utilizarse para la mentira o para el odio. Debe evitar todo lo que pueda parecerse al «adocctrinamiento».

3.<sup>a</sup> *Métodos de condicionamiento colectivo llevados a cabo por el empleo*

---

<sup>17</sup> Vid. *Le déji que l'Occident doit relever*, "Nouvelles de l'OTAN", noviembre de 1960, página 3.

<sup>18</sup> Cona. *Les américains font un complexe du missile*, "Revue Générale Militaire", Paris, mayo 1961, págs. 568 y sigs.

<sup>19</sup> Síganse las estimaciones de los conocidos R. COSTE, R. BOSCH, J. COMBLIN, P. RAGAMEY, etc.

*hermanado del terror y de la propaganda*. El condicionamiento sistemático de las masas obtenido por la presión y el terror queda proscrito incondicionalmente, por constituir una verdadera violación de las conciencias.

4.<sup>a</sup> *Procedimientos de «lavado de cerebro»*. Sus dos fases sucesivas—desintegración del individuo y reconstitución de una nueva personalidad—forman un todo indisociable. Procedimiento absolutamente inadmisibile, cualquiera que sea el fin perseguido. Razón: el grave atentado que hace a la persona. La más horrible técnica inventada por la «ciencia» de los Estados totalitarios. Para René Coste, la pretensión de *usarlo sólo con moderación* es puro cinismo...

\* \* \*

Ahora bien, lo resaltable es que en este dominio de la acción psicológica no caben generalizaciones, simplificaciones. Incluso se esgrimen conclusiones muy equilibradas. Comprendidas en la máxima abreviatura son:

1.<sup>a</sup> No se puede aceptar en bloque, ni rechazar en bloque, toda acción psicológica.

2.<sup>a</sup> Se puede admitir con prudencia una cierta acción psicológica en el estado de paz o en el estado de guerra, siempre que respete al hombre y tienda «a una sana educación de las personas y de los grupos».

3.<sup>a</sup> Es preciso rechazar ciertos medios de acción psicológica que tratan al hombre como puro objeto de aplicación de técnicas. Obsérvese cómo ya Santo Tomás distinguía entre las maniobras que no consisten más que en ocultar al enemigo la acción que se emprende contra él y los procedimientos verdaderamente desleales, los *manquements* a los derechos y convenciones que deben ser respetados aun entre enemigos.

4.<sup>a</sup> Pueden admitirse *con prudencia* algunos métodos de acción psicológica que parecen indiferentes desde el punto de vista moral. Pero, para su utilización, se necesita velar siempre por un auténtico respeto a la persona humana y preguntarse sobre el valor moral de la doctrina y la ideología en favor de los que se emplean.

\* \* \*

En fin, lo destacable es que la Iglesia, atenta a los perfiles de su hora, ha salido al paso de algunas facetas ligadas a este asunto. Por ejemplo, en

el Mensaje pontificio de la Navidad de 1944, Pío XII había opuesto a «la masa amorfa que espera de fuera todo su impulso», «el pueblo que vive en la plenitud de vida de los hombres que lo componen, cada uno de los cuales —en el lugar y de la manera que le es propia— es una persona consciente de sus propias responsabilidades y de sus propias convicciones». «La exigencia de la democracia—explicaba el Papa—es la de poner siempre al ciudadano en la medida de tener una opinión personal propia y de expresarla y de hacerla valer de una manera correspondiente al bien común». «Es probable que las circunstancias históricas en que vivimos puedan crear una situación donde la participación en una operación militar—aun decidida por la autoridad legítima— presente al ciudadano una cuestión de conciencia. El repetir que el simple ciudadano no debe hacerse juez de lo que corresponde o no corresponde al bien común internacional no parece capaz de arrancar las convicciones: o se quiere formar ciudadanos dóciles a las propagandas o se quiere formar hombres libres, *un pueblo y no una masa*, y—en este caso— es preciso asegurar el respeto a las conciencias individuales»...

## V

### CONCLUSIÓN. LA DIMENSIÓN HUMANA

Lo relevante es cómo, según ha indicado el Padre Dubarle, una de las falsas disposiciones de espíritu—más o menos esparcidas por la opinión corriente—es *la politización de todas las cuestiones*. Eso, por un lado. Por otro, la singularidad de que la política internacional, movida por los grandes Estados del mundo, no cesa de tratar de movilizar—en un sentido o en otro— los sentimientos de los hombres y de hacer de ellos un instrumento de sus objetivos.

Pues bien, en ese ambiente de *politización a escala global*, nos encontramos, y resumiendo, con: *a)* Un conglomerado de masificación, simplificación del pensamiento, miedo, fortalecimiento espiritual del hipernacionalismo de los Estados, superpropaganda y guerra política como fuerzas que gravitan sobre la escena mundial. *b)* Una situación en la que los posibles elementos utilizables como medios del rearme espiritual del género humano son esgrimidos como armamentos emocionales estatales. De la Historia y los idiomas (aquí el significado de las lenguas *imperiales* de nuestra época) a

las publicaciones y la radiodifusión, todo cae dentro de la urdimbre guerra coexistencia-fría, como herramienta de atizar confusiones, agitaciones, desazones—cuando no, deserciones morales—.

\* \* \*

La conclusión de todo ello es un cúmulo de exigencias. El Padre Régamey ha subrayado la crueldad de las guerras ideológicas. Pascal consignaba: «Jamás se hace el mal tan plenamente y con tanta buena gana como cuando se hace por conciencia», etc.

Así, no es extraño que se piense en una *pedagogía de la conciencia* (Padre Régamey). Aparece, en toda su amplitud, el problema de la *educación de las conciencias*, resaltado por monseñor Guéry. Pues, en estos asuntos, la elección no es fácil. Y, sin preparación moral, ninguna elección *verdaderamente humana* es posible—y, con mayor motivo, ninguna elección *realmente cristiana*—.

Tomadas las cosas así, parecerá perfectamente comprensible esta razón del cardenal Alfrink: «Lo que se necesita, en esta época, es una *transformación total de mentalidad*, en los individuos y en las comunidades, sobre la guerra y la paz».

¡Menudo tema, pues, para tener esperanzas!

\* \* \*

En rigor, en este terreno—como en otros muchos del vivir contemporáneo—hay motivo para cohibir el ánimo. Máxime cuando el hombre actual teme resolverse. Es, como decía García Morente: «Sin vocación netamente definida, nuestra época aplaza toda resolución plena, en espera acaso de que el mañana la traiga por milagro ya hecha y acabada»...

LEANDRO RUBIO GARCIA